

Álvaro Pombo

Contra natura



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Javier Salazar se dio claramente cuenta aquella tarde de finales de noviembre de que, por primera vez en su vida, se encontraba realmente hallado y cómodo en la sala de estar de su propio piso. Y esto le hizo sonreír, porque ese sentimiento, para un hombre que, como él, se tenía por casero –sus amigos, además del propio Salazar, siempre le habían tenido por un hombre interior y de interiores, casi agorafóbico–, resultaba ser una paradoja incomprensible. Hasta entonces, durante casi toda su vida adulta, este hombre de interiores había vivido en oficinas, salas de reuniones, clubes, incluso selectas tertulias en hoteles de lujo de Barcelona o de Madrid o de Nueva York, pero rara vez se había quedado a pasar las tardes en casa, ni siquiera los fines de semana. Tenía, sin embargo, fama de hombre introvertido. Y lo era. Esta paradoja –que Salazar reconocía, pero en cuyo examen no solía detenerse– le dejaba, en ocasiones, mal sabor de boca. Llevaba toda aquella tarde ya instalado en su sillón de orejas situado junto a la puerta-ventana que daba a la terraza. Dos lámparas iluminaban la habitación, la mayor de las cuales, de latón y cristal, iluminaba ahora una novela de Antonia Byatt y un jarrón rojo de tulipanes rojos abiertos

todavía, no obstante haber durado toda una semana, que resplandecían aún entre sus ondulantes tallos verdes y carnosos y sus anchas hojas aún aparentemente frescas. Había Salazar interrumpido la lectura sólo una vez, a las seis y media, durante una hora, con idea de darse un rápido paseo por Rosales. La tarde se iba enfriando deprisa. Las temperaturas nocturnas alcanzaban esos días los cero grados. Sentirse cómodo consigo mismo y en su casa a los sesenta y cuatro años hacía que Salazar no sólo se sintiera sino que también pareciera más joven, casi diez años más joven. Salazar arrastraba en invierno el sillón de siempre hasta la puerta-ventana de su sala abierta de par en par, para aspirar el olor del otoño primero, a mediados de noviembre, y luego el olor escarchado y neblinoso del invierno, el olor a hoguera del invierno, durante todo diciembre y enero y febrero, hasta finales de marzo. Todo hacía de Javier Salazar un príncipe de este mundo. Su principado no era fastuoso, pero tenía la firmeza y la flexibilidad de un bienestar económico de toda la vida que, unido a sus trabajos como investigador, y durante algunos años editor de una colección de textos de filosofía e historia, le mantenían muy por encima de la media, en ese agradable estrato de los ilustrados que han vivido siempre como quisieron vivir y que se sienten, al rondar la jubilación, profesionalmente satisfechos. De hecho, la jubilación era una mera referencia nominal para Salazar, que seguía trabajando a su aire en diversos temas de su interés. (¿Qué hacía Salazar durante todo el día, una vez jubilado? Ninguno de sus amigos es íntimo. Así que nadie, realmente, salvo por una curiosidad momentánea, se haría esta pregunta. Pero es una pregunta adecuada, es una pregunta, a estas alturas, que queda pendiente y en su barrio ningún quiosquero o propietario de ultramarinos, o ferretero o pescadero que tenga a Salazar entre sus más dis-

tinguidos clientes se ha atrevido a hacerle: ¿Qué hace usted durante todo el santo día aparte de leer los periódicos nacionales y extranjeros que suele llevar bajo el brazo mientras hace sus compras a media mañana?) Le gustaba sentarse al calor de la camilla y contemplar su terraza encharcada y su nuevo árbol-jazmín goteando agua, la lluvia cayendo estre-pitosamente en el suelo rosado de la terraza, el tamborileo papirofléxico de la lluvia cuando deja de llover y se hace una pausa airosa y luego vuelve a llover.

En Madrid, los otoños, la hora de merendar es las seis, o de tomar, por supuesto, el té, o un chocolatito a la francesa, o un perfecto gin fizz más bien dulce: a esa hora los chicos parecen más altos, menos cenizos y muchísimo más guapos, piensa Salazar. Y la niebla es dulce a esas horas y no es grávida, sino ligera: una asonancia neblinosa entre los olmos dorados y las caídas hojas de los paseos en el Parque del Oeste, en Rosales y a lo largo de todo el Viaducto y los Jardines del Moro y el Palacio Real que nadie ocupa, por fortuna, excepto a veces el Dios de los hallazgos y de los encuentros: fue con un tiempo así, por estas fechas, cuando se encontraron Salazar y Ramón Durán, en una vaguada del Parque del Oeste: estaban ellos dos, ellos solos, a ratos lloviznaba, a ratos escampaba, y Salazar dijo:

—Nos vamos a mojar.

Y Ramón Durán dijo:

—Esto lo arreglo yo con un buen cóctel.

—¿Y qué cóctel tomarías tú ahora?

—Un mismo Bloody Mary muy sencillo.

—¿Conque un Bloody Mary, eh?

—¿Y por qué no? Petiot y yo empezamos a servirlos en el bar del Sheraton de Nueva York, como usted sabrá.

—Un poquito joven me pareces para los Bloody Marys del Sheraton.

–Puede que parezca y puede que no parezca yo tan joven. Puedo parecer lo que yo quiera –declaró con seguridad Ramón Durán.

Habían ido avanzando hasta el Paseo de Camoens. Y Salazar, tras pensarlo unos segundos, comentó, con un tono de voz muy reducido, casi neutral, que reflejaba un punto de indecisión por su parte y un esfuerzo por vencer su indecisión y retener al muchacho:

–Podríamos tomarnos un cóctel, si tú quieres, ahora.

–Estoy canino.

–¿Qué significa eso?, ¿que tienes hambre? ¿Hambre canina?

–Es carcelario. Significa estar sin chapa.

–Seguro que esto lo aprendiste en Alcatraz.

–Sí. He estado en varias cárceles.

–Pues pareces un estudiante de informática ahora.

–Yo no soy un estudiante, ni lo soy ni quiero serlo. Soy barman, aquí donde me ve.

–Es decir, que entre el Sheraton y Alcalá Meco has estado haciendo muchas barras.

–Sí, a ambos lados de la barra: detrás cócteles y delante chapas.

Habían ido subiendo a buen paso, porque el sirimiri los iba calando y los dos iban a cuerpo.

–Podemos acercarnos al Charing Cross, si quieres, si tienes tiempo –dijo Salazar–. Nos hacen unos Bloody Marys, y hay muy buena tortilla de patatas.

Esta escena inicial, en la memoria de Salazar, no contiene apenas nada. En todo caso, un cierto aire anticuado, una seducción *demodé*, más característica de los años oscuros de la juventud de Salazar que de los años posmodernos de homosexualidades liberadas del nuevo siglo. Naturalmente, al recordarla, Salazar modifica esta escena: ahí, en

esa primera escena, aparece Durán de improviso, en un parque otoñal, el Parque del Oeste. Durán habla inmediatamente de sí mismo, pero no como quien proporciona información, sino como quien, contando con su atractivo físico, omite toda información positiva, para sugerir, como en broma, una tras otra, varias interpretaciones de sí mismo, unas anacrónicas, como lo de barman en el Sheraton, otras agresivas o chulescas, como lo de chaperero, otras, por fin, casi metafísicas, como decir: «Puedo parecer lo que yo quiera.» Que un joven guapo, que no contaría a la sazón ni treinta años, asegurara que podía parecer lo que quisiese, le pareció a Salazar fascinante: una declaración de alma gemela.

Aquella primera escena, fuese o no tan completa como Salazar la recordaba, tuvo una continuación sumamente precisa, que no sólo Salazar sino también Durán recordaba y era aficionado a repetir con gran frecuencia: después de los Bloody Marys y un paseo hasta el Palacio Real y otro par de whiskys por la zona de las Vistillas, Salazar y Durán se acostaron juntos esa noche. Y he aquí que la estructura comunicativa de esta primera noche fue notable, aunque también muy confusa. A Salazar le pareció que Durán, desnudo, en pie delante de él, era hermosísimo. Y la belleza del muchacho, su erección, su ternura al menos momentánea, cohibió a Salazar, que sólo se atrevía a acariciarle el pene con la cara y llevar la punta a los labios sin decidirse a hacerle correrse o a correrse él mismo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Durán—. ¿No te gusto?

Salazar tragó saliva:

—Me gustas mucho —contestó—. No sé qué me pasa.

Y era verdad que en aquel momento de turbación, que era a la vez delicioso, no sabía bien qué le pasaba. Salazar estaba sentado en el sofá junto a la chimenea, que habían

encendido, y Durán se arrodilló frente a él y le acarició las piernas y el pene. Salazar conservaba todavía la camisa. Se sentía sudoroso, se sentía incompetente, se sentía cohibido. Pensó, velozmente y con vergüenza, que ni siquiera era capaz de dejarse invadir por su propio deseo, que, por supuesto, sentía. Pensó que era en el fondo un pobre hombre vulgar, medio impotente. Todos estos pensamientos entorpecedores y negativos aumentaron su turbación. Esta turbación había de congelarse más tarde y, congelada, hincarse peligrosamente en el abstracto corazón de Javier Salazar, pero esto vendría bastante después.

–Mejor lo dejamos –dijo por fin Salazar.

–¿Quieres que te dé por el culo? –preguntó Durán.

–Mejor no. No estoy acostumbrado.

–Yo te lo hago bien –declaró Durán con un tono de voz que no era en sí mismo erótico, sino más bien informativo, como quien refiere que es capaz de limpiar un delco o fijar una estantería a una pared sin causar ningún destrozo.

–Perdona. He perdido la costumbre.

–Igual no eres gay –comentó el muchacho–. A mí me da igual lo que tú seas. No te preocupes.

–Sí soy. Claro que soy gay. Sólo que estoy viejo y eres muy guapo y te deseo tanto que no me atrevo a tocarte.

Estas frases le parecieron a Javier Salazar, de pronto, líquidas, no suyas, ajenas a su carácter, metidas y sacadas de la boca como una barrita de vaselina recto adentro: tenían su deliciosa repugnancia, su sentimentalidad intestinal propia, una baba o saliva dulce, inauténtica, circunstancial, de la cual se arrepintió nada más sentirla, pronunciarla, paladearla. Máxime, viendo que, desde un punto estrictamente estratégico, habían resultado adecuadas para conmover o dulcificar a aquel buen chico que a ratos parecía

procaz y a veces infantil, a ratos profundo y a ratos banal. Como por lo demás acaba pareciendo toda situación erótica, intensa, entre adultos. Y Javier Salazar, que durante toda su vida ha odiado sentirse ridículo, sintió por un instante el puntazo amargo del ridículo: lo que no prescribe, lo que los hombres como Salazar nunca perdonan.

Acabaron sentados juntos, el uno al lado del otro frente al fuego. Finalmente Ramón Durán se masturbó y se corrió copiosamente, porque Salazar dijo que le gustaría verle correrse. Pero la escena acabó con brusquedad y Durán se fue sobre la una de la madrugada. Entonces Salazar se masturbó pensando en el muchacho y después se sintió ridículo. Deseó que lo sucedido no hubiera sucedido. Tardó mucho tiempo en dormirse. Le despertó a las doce de la mañana del día siguiente el timbre de la puerta de entrada. Era Ramón Durán.

2

Javier Salazar no se desconocía a sí mismo. Había regresado a sí mismo muchas veces y había logrado, si no encontrar una verdad estabilizada por completo, sí una especie de mapa de sí mismo: disponía de un esquema de sí mismo por lados: así, un lado era el gusto por la soledad, por su soledad, con sus largos paseos por los parques vecinos (que incluían el Campo del Moro, el Parque del Oeste, la Casa de Campo, por supuesto el Retiro, y algunas veces también el parque de la Fuente del Berro, pero no los

nuevos parques del extrarradio, el Juan Carlos I o el Tierno Galván). Este gusto por la soledad incluía largas tardes de lectura, entreveradas de un ligero tedio que asomaba a su cara guasona cada vez que Salazar bostezaba o se quedaba ligeramente traspuesto. Esta soledad contenía a ratos una compañía casi siempre masculina, organizada de tal suerte que no pudiese producir, ni a la larga ni a la corta, responsabilidad o apego: «Que estés en condiciones –solía decirse Salazar a sí mismo cuando reflexionaba sobre este tramo final de su existencia– de aceptar que cualquiera deje de verte o dejes tú de verle de un día para otro, sin el menor pesar o nostalgia o recuerdo.» Y satisfecho de esta radicalidad, que tenía un punto de pose, añadía Salazar: «No se trata de olvidar a nadie: nada tan malsonante como el olvido. Pero tampoco se trata de algo tan preciso como los recuerdos o las remembranzas, por modificadas o amansadas que estén. ¿De qué se trata entonces? Pues se trata de una simple presencia muy múltiple, de un muy intermitente y flotante sistema de presencias que se unifican en mi vida: ellas existen porque yo existo, pero que son indoloras, sin aristas o, como mucho, destellos placenteros.» Nada de esto tenía, como visión del mundo, excesiva grandeza o novedad, pero Salazar encontraba reconfortantes estos pensamientos, que formaban parte de esa *apología pro vita sua* que todos los hombres de su edad tienden a construir a partir del momento de las jubilaciones.

Ramón Durán no tenía, en cambio, ni tanto ni tan elaborada narración que decirse acerca de sí mismo. A diferencia de Salazar, la vida de Ramón Durán cuando se conocieron estaba en expansión y en el camino de ida. Por lo tanto no estaba sometida a tanta reflexividad. A diferencia de Salazar, que nunca había cuidado a nadie, Ramón Durán había cuidado desde muy crío a su madre y aún habla-

ba por teléfono con ella cada noche. Ramón Durán había cuidado de su madre con una vaga idea de finalidad, la idea de que había que encontrar, y encontrarían, alguien adecuado a quien aquel gran cuidado pudiera traspasarse: tenía que ser alguien que ofreciese garantías. Esta idea había llegado a ser muy poderosa en la conciencia de Durán, una ocurrencia implosiva. «Tiene que ser alguien que ofrezca garantías»: ésta era la frase que Durán empleaba para contarse a sí mismo su proyecto, aunque no se tratara en realidad de un proyecto, sino de algo parecido a una vocación: como esos niños que desde muy chicos ya declaran solemnemente que de mayores serán médicos o aviadores o electricistas, a imitación de su padre o de algún personaje mayor admirado. Esa frase le parecía a Durán perfectamente comprensible en sí misma y no necesitada de ninguna aclaración ulterior. De haberle exigido alguien enumerar alguna de esas garantías, Ramón Durán se hubiera quizá encontrado en dificultades. Pero su madre era muy bella. El propio Ramón Durán introducía esta salvedad que no se oponía gramaticalmente a nada que él mismo u otra persona hubiese podido decir o pensar: era una adversativa absoluta, poética, que introducía la belleza bruscamente como el sol platónico, voraz e indiscutible: el bien puro. Ninguna mujer le había parecido nunca a Ramón Durán tan bella, tan llena de sentido común, tan verdadera, tan resplandeciente y tranquilizadora como su madre. Recordaba siempre su olor, que no era propiamente el olor del perfume que usaba sino el de su perfume combinado con su olor corporal, por explicarlo de una manera simplista.

En realidad Salazar no deseaba ningún compromiso amoroso. Ni siquiera con carácter temporal. El encuentro con Ramón Durán aquella tarde en el Parque del Oeste y la consiguiente escena de erotismo incompleto que siguió

esa noche, le hizo sentirse detestable y ridículo, y también le hizo detestar las logísticas o las estrategias del erotismo. Naturalmente, no hay encuentro con otras personas que pueda sostenerse en términos de pura casualidad salvo por un momento. Tan pronto como la relación dura más de una noche, se inicia una planificación que, por somera que sea, oprime un poco, obliga un poco. Y Salazar, al irse aquella noche Durán y al masturbarse –sosteniendo su imagen como una flor de la papiroflexia, causal porque le provocaba el deseo e inane también, porque no tenía dimensiones, sólo aparecía al compás de los sacudones de la mano y se desvanecía con la eyaculación–, no esperaba volver a ver más a aquel muchacho. Ramón Durán se volvió aquella misma noche parte de la imaginación onanista del imaginario de Salazar. Así que Salazar deseó, una vez agotado el deseo en la imaginación, que Durán no volviera, y cuando éste regresó a la mañana siguiente se sintió incómodo. Y, sin embargo, en compañía del muchacho la mañana siguiente y la semana siguiente –que se vieron un par de veces, y la siguiente otro par de veces– no podía Salazar no desear tocarle o acariciarle: se producía así un circuito de ansiedad, consistente en que no podía no querer tocarle: al tocarle no se sentía satisfecho, tenía pues que dejar de tocarle y entonces se sentía insatisfecho, tenía que volver a tocarle para sentirse satisfecho, pero volvía a sentirse insatisfecho. La estructura inicial de la relación de Salazar con Durán fue unidireccional: de Salazar a Durán sin aparente vuelta y onanista. La pregunta, como el propio Salazar se dio cuenta de inmediato, dándose a la vez cuenta de que no podía contestarla era: ¿Y cómo se siente Ramón Durán? La única contestación adecuada es trivial: se siente hombre objeto. Y Durán llegó a decírselo:

–Casi te daría igual verme en fotos.

Y Salazar contestó abruptamente:

—Si quieres que te diga la verdad, sí: preferiría verte en fotos. Evitarme esta pesadez poscoital, parecida a la pesadez pospandrial.

Era una contestación idiota —y pedante—, que sin embargo reflejaba bien una situación anómala: de encerramiento de Salazar en sí mismo: una misantropía antigua, que se servía de aquella ocasión erótica fácil para desplegarse con toda su virulencia. En aquel momento aún no estaba claro que Ramón Durán entendiese del todo lo que le ocurría a su compañero, pero su contestación tuvo un matiz de nobleza y de ternura:

—No tiene por qué haber nada poscoital, o pospandrial como dices, que no sé qué significa, entre nosotros. Con dejar de hacerlo estamos al cabo de la calle.

—¿Con eso quieres decir que mejor dejarlo?

—No. Con esto quiero decir que mejor dejar lo que te irrita y quedarnos con lo que te gusta, con nuestra relación, con nuestra amistad. ¿O es que no somos amigos?

Salazar no quiso decirle en ese momento que lo de la amistad era casi lo que menos le gustaba de todo. En cierta manera le había conmovido la buena fe del chico, pero aborrecía sentirse conmovido casi tanto como sentirse ridículo. Por lo tanto, Salazar, durante un rato, se quedó en silencio. Hasta que por fin declaró, súbitamente, con el tono determinado de quien pretende zanjar una cuestión de una vez por todas, dejar de una vez por todas claro, que ser incapaz de mantener satisfactorias relaciones sexuales no le hacía automáticamente ni capaz ni deseoso de mantener relaciones simplemente amistosas. ¿Qué es lo que sentía Salazar en ese momento? A Ramón Durán le resultaba imposible saberlo, y no supo contestar a la frase que Salazar escupió de golpe:

—A mi edad ya no se pueden proyectar parejas, relaciones o amistades. ¿Qué más quisiera yo? Sería un desahogo sentimental pavisoso, pero simpático, y yo ya no deseo ser simpático, ni deseo ser tratado con cariño, ni por ti ni por nadie. He regresado a la bendita inmadurez, ahora soy de verdad el hijo pródigo de Rilke, ya sé que no sabes de qué hablo, pero quédate con el cante. Yo soy el hombre que no quiere ser amado. No quise serlo nunca, y ahora menos todavía. Y esto es lo que nos separa, además de tu fogosidad sexual, tan vulgar en el fondo: que yo ya estoy aquí, yo ya he llegado, y tú sólo empiezas a venir y ni siquiera muy seguro.

Toda esta conversación transcurría una vez más en el Charing Cross. Se estaba bien al fondo, sobre todo si, como hoy, había poca gente, mejor nadie. Y la silueta de los abetos negros de ese lado del Parque del Oeste delineaban una estampa japonesa de Hiroshige, casi sin color, sepia y tinta china. Eran las tres de la tarde y se iban a almorzar los parroquianos. Daba la impresión de haber en las losetas del suelo una momentánea paz prufrockiana de *sawdust restaurants with oyster shells*: se sonrió para sí mismo Salazar al pensar en esta línea. Estaban sentados los dos, Salazar y Durán, a una de las mesitas bajas del fondo. Por un instante resplandecieron, luciferinos, pura concupiscencia de los ojos el más joven, y el mayor, soberbia de la vida. Eran los dos maravillosos: hubiera sido muy fácil amarlos en aquel instante a los dos, cada cual a su modo. No podía no pensar en sí mismo Javier Salazar en aquel instante. ¿En quién o en qué pensaba Ramón Durán en aquel instante? ¡Qué poca cosa es este amor!, se dijo Salazar mentalmente. Este amor de ligue, estos amores de un día para otro, ni siquiera del todo satisfactorios o agradables, más menos que nada. Sintió Salazar que se le hume-

decían los labios, la garganta, y vio a Ramón Durán que le sonreía, ignorándolo todo.

3

El pasado de Javier Salazar era, en apariencia, simplísimo: era esquemático y balizado por sus cuatro o cinco empleos mayores. Especialmente los dos últimos consecutivos, que le habían dejado un retiro más que abundante. Era esto parte del lado público de Salazar, tan público, visible y aceptado como sus elegantes chaquetas de tweed, sus gorras de visera o sus abrigos cruzados de cashmere comprados en Londres. Era alto, por encima del metro ochenta, la medida heroica. Apenas había perdido pelo, que tenía ahora un color amarillo plateado, algo menos abundante en las sienes, pero aun así muy lejos incluso de la calvicie parcial. Era aficionado a los largos paseos, marchas por la sierra. Había corrido sus buenos cinco kilómetros tres días por semana hasta poco antes de su prejubilación a los cincuenta y ocho. Admirado e incluso envidiado por sus conocidos —los escasos amigos—, que no gozaban de su fácil adaptación a la existencia. Una existencia simplicísima. Y esta simplicidad no procedía tanto de la existencia de Javier Salazar como de su modo de presentación emocional, la clase de narración en la cual el propio Salazar y también sus amigos solían presentarla: solía narrarse a sí mismo a grandes rasgos, con considerable eficacia y rotundidad y de tal suerte que varios grandes fragmentos de su

existencia quedaban naturalmente elididos o inapelablemente abreviados y resumidos. Así por ejemplo, doce años en Inglaterra cabían en *my London days*, o *my London friends*, de los cuales sólo uno o dos nombres se mencionaban siempre: *Marc and Julian Attle*, o *The two Casimir sisters*, en cuya casa pasó unos cinco años como *paying guest*. La otra característica simplificante de la biografía de Salazar era que ninguno de sus amigos había recorrido con él —que se supiese— toda la carrera completa: no tenía, al parecer, Javier Salazar amigos coetáneos. Ni coetáneos que pudieran recordarle con precisión en momentos de intimidad, porque realmente no había intimado hasta muy recientemente con nadie. ¿Cómo era Salazar a los veinte? Se sabía que había estudiado Derecho, pero era dudoso si en Salamanca o en Barcelona o en Madrid o en Deusto. Parecía proceder de la burguesía acomodada del centro de España. Pero nadie parecía estar en condiciones de proporcionar detalles precisos. Se trataba de un caso de biografía omitida: coincidía esto con una paradójica cualidad de Salazar: sus interlocutores tenían con frecuencia la impresión de que comunicaba mucho, de sentirse entendidos, sin que, una vez fuera de la influencia de Salazar, estuviera nadie en condiciones de recordar qué en concreto les había comunicado o en qué aspecto de sí mismos habían tenido la impresión de que Salazar les comprendía. Desde muy joven tuvo Javier Salazar el talento de la omisión, que, quizá, corriese paralelo en sus relaciones afectivas con una habilidad para ofrecerse del todo sin llegar a darse nunca en nada por completo. En un mundo cultural menos salvaje que el de la España de la posguerra Salazar hubiera hecho muy bien las veces del agente secreto, el espía o el impostor. Pero no parecía haber doblez en Salazar, ni otra vida secreta: sus conocidos sólo tenían la impresión de hallarse ante

alguien fascinantemente reservado. La cuestión era que nadie del entorno de Salazar, ningún conocido, ningún tímido amante, estaba en condiciones de hacer preguntas o iniciar pesquisas. ¿No bastaba con que fuera Salazar enigmático, encantador y fascinante?

Ramón Durán era miedoso. Abrazado a él por las noches, desnudos los dos, envueltos en las berenjenas sábanas satinadas de Calvin Klein, Salazar experimentaba un placer intensísimo con sólo acariciarle los músculos, tersos y firmes: no tenía grasa Ramón Durán, ni un átomo de grasa. Era maravilloso acariciarle las nalgas. Sentir la fuerza de las nalgas apretando su pene, flácido casi siempre. Resultaba increíble que Durán insistiese en dejar siempre una lucecita encendida en la habitación donde dormían. «Eso son cosas de niño», comentó en una ocasión Salazar. Hicieron un viaje aquel invierno, con nieve en El Escudo, a Santander. Se hospedaron en un hotel de El Sardinero y recorrieron Santander al día siguiente: un Santander nevado color verde botella, color sucio. Durán conducía el Ford Mondeo que habían alquilado en Madrid en Europcar. La intención de Salazar era disfrutar de escenas invernales. Atado a su sillón de copiloto, cubiertas las rodillas con una manta escocesa, se sentía pasivo, poseído, arrastrado, excitado, pero ahora sentía las excitaciones sexuales desplazándose por todo el cuerpo, desgenitalizadas o sólo genitalizadas en momentos breves, erotizándole los dedos de las manos, el roce de las piernas de su compañero, la fuerte espalda de Durán. Se empeñó en abandonar Santander después de subir hasta el faro, vacío todo El Sardinero: el siseo de los neumáticos y el aguanieve y la niebla. Se empeñó en salir sin programa definido: irían a Santillana del Mar, a ver las cuevas de Altamira, después a Reinosa. Se detuvieron a comer en Puente

Arce, fueron a Comillas, bajaron a la playa: el mar daba la espalda a los dos forasteros que venían de Madrid y que no tenían ninguna vinculación con aquel paisaje, con aquellas calles invernizas, casonas vacías, chalets vacíos, avenidas vacías, la playa vacía: el aguanieve, la nieve, la lluvia, la bruma. El abandonado palacio del marqués de Comillas, el seminario prácticamente abandonado, el invierno en los prados que huelen a barro, a niebla, a memoria de boronas, leche caliente y mantequilla amarilla de la niñez asustadiza.

—Deberíamos pasar aquí la noche, Ramón. ¿No te gustaría acostarnos en una habitación con dos camas húmedas, con una bolsa de agua caliente, quizá malmirados, aunque hoy en día por supuesto se nos tolera muchísimo? ¿A que sí?

—Me gustaría irme ya. Todo esto me da mal rollo, me angustia la niebla. El invierno me angustia. Estos paisajes verdes y negros, estas casas cerradas me hacen pensar en asesinatos.

—¿Peliculero! Has visto demasiadas películas de miedo.

—No he visto ninguna —dijo el chico—. No me gusta pasar miedo.

—¿Pero no me has contado que oyes esos programas del más allá, *Milenio* y éstos?

—Los oigo por la radio, y paso miedo. Pero verlo es otra cosa. Lo que se ve, te desborda por todas partes, las películas son pegadizas, pegajosas, te encharcan. En los bares nunca voy al cuarto oscuro. No soy de mucho ligar, pero algunas veces que he ido con ligues a habitaciones, detrás de la Telefónica, la calle Loreto, la calle del Barco, nunca puedo hacer nada, ni siquiera desnudarme. Puedo pelearme con quien sea, me da igual que esté armado el tío, pero no me puedo desnudar en una habitación fría, impersonal,

detrás de la Telefónica, acariciar o besar a alguien que no conozco. Siento miedo en esas circunstancias.

—¿Miedo al sida?

—No. No es eso. No sé qué es. Es terror.

—Te interesará saber que hay un escritor danés, Kierkegaard, que a lo que tú describes ahora no lo llamaba terror, sino angustia. Un animal rabioso que nos ataca produce terror. Un hombre armado que nos persigue, nos aterra. Una habitación vacía, una calle vacía, la nada que sigue a nuestra muerte o a la muerte de quienes amamos, nos angustia: no hay objeto, no hay nada: angustia.

Salazar se había embalado un poco porque se gustaba a sí mismo diciendo estas cosas, y no se había dado cuenta de que Durán había aparcado el coche al borde de la cuneta, para mirarle mientras hablaba. Era una carretera comercial, de dos sentidos. La niebla restaba visibilidad, habían aparcado en una curva aunque amplia: abajo, pedregosa, se oía una torrentera que destellaba en la niebla como un Gargantúa mineral, impersonal, petrificado y líquido a la vez. Una caída mortal, un vacío angustioso en el fondo de aquel desmonte. Durán había encendido las luces de avería y los antiniebla. El automóvil vibraba suavemente y los cristales se habían empañado del todo.

—Aquí podríamos morir —dijo en broma Salazar—. Más o menos como Ataúlfo Argenta y aquella pianista que era su amante, que los encontraron muertos, intoxicados por el gas. Nos encontraría la policía. Nadie pasa por aquí.

Ramón Durán encendió entonces la radio, y una canción estrepitosa de Bisbal sirvió para disipar la ansiedad del muchacho. Salazar apagó la radio y de pronto entre los dos se estableció el encendido-apagado de la radio como un incidente significativo. De pronto les separaba la confesada medrosidad de uno y la declarada falta de medrosidad del

otro. Pero esto se convirtió en un dato significativo y dejó de ser un simple incidente (gusto o disgusto por la voz rabanera de Bisbal) porque Salazar sintió confirmada en aquel momento su idea de que toda la fuerza corporal de Durán se venía abajo ante la angustia. Que este descubrimiento le interesara y excitara (en lugar de inspirarle por ejemplo compasión) parecía de pasada decirle algo a Javier Salazar que era desagradable y que no le situaba en el haz de amable luz con que gustaba contemplarse: No eres una buena persona. Eres desagradable. Desearías dominar a Ramón Durán. Tu deseo de dominarle es ahora mismo más fuerte que el deseo de amarle o de que él te ame. Y presentes su fragilidad, y, cada vez que presentes que tu ser aumenta y que el suyo disminuye, te alegras. No te alegras de que él aumente y de que tú aumentes a la vez. Te alegras de aumentar cuando él disminuye. Y, sí, esto de los aumentos y las disminuciones de la sustancia lo leíste en Spinoza. Eres pedante, creído, pero no malo: por ahora no entras en acción: no harías nada contra Ramón Durán. Sólo que, a ratos, le envidias. Envidiar es un mal pensamiento, no una mala acción. Envidiar pertenece al reino de la posibilidad, de la virtualidad, no de la realidad, salvo que se convierta en una acción, pero no se convertirá en una acción —y repitió mentalmente Salazar—: pero no se convertirá en una acción. Porque mientras dejaba entrecruzarse en su conciencia telegráficamente todas estas ocurrencias, había sentido un escalofrío incómodo. Entretanto Durán había arrancado el coche y se había puesto en camino hacia Reïnosa.

Arrancar el coche es como cambiar de ocurrencias: le encanta conducir a Ramón Durán, porque, conduciendo el coche, le parece que también conduce su conciencia, que no se deja llevar por sus pensamientos —tantas veces atrope-

llados—, sino que es él el que los conduce a través de las curvas, las rectas, los peraltes, acelerando y reduciendo, inmerso, como en un recitado, en los incidentes del conducir. Le encanta hablar mientras conduce. Le gusta viajar en automóvil acompañado. Le gusta abandonarse al hablar, que hace juego con el conducir, con el aparente dirigirse Durán a sí mismo durante la conducción sólo que al revés. Mientras que conduciendo tiene la sensación de que se conduce, hablando tiene la sensación de que se desahoga: la combinación del autocontrol muscular y el descontrol verbal le encanta. Ramón Durán se siente parcialmente libre de sus inhibiciones expresivas al sumergirse en la gran expresividad, en el gran dinamismo objetivo, de la conducción de un automóvil: hablar es pensar: puede arrancar, por analogía del arrancar del coche, de la sensación de sentir miedo y saberse miedoso: así que cuenta que lo que va a contar pasó en Galicia: Galicia no es muy montañosa. Es ondulada. Así que, por el interior, en las carreteras lo que hay son cambios de rasante muchos. No son carreteras buenas, o no lo eran, no sé con Fraga ahora. Cuando esto pasó, yo tenía diez años —cuenta Durán—. Le pasó a un tío mío, hermano de mi madre. Él lo contó como que a él mismo le había pasado. Pero lo mismo lo he oído yo contar después de otra manera parecida. Sé muchas historias de éstas. No sé por qué estas historias las recuerdo. Me gusta oírlas contar, quizá por eso mucha gente me las cuenta. Saben que me gustan, y para gustarme ellos a mí —porque se enamoran de mí, o se encoñan, lo que sea— me las cuentan. Y es verdad que me gusta oírlas contar. Mi tío iba conduciendo por la provincia de Lugo con carreteras de muchas curvas, porque son valles y colinas bajas muy arboladas, era invierno, es todo muy cerrado, como ahora, con recuerdos de la santa compañía, no sé por qué, los fuegos fatuos, las brujas guapas y

las brujas feas, las brujas garduñas, las brujas tísicas, las brujas enfermas y los chicos enfermos... Conocí a un chico en Málaga, que era bailarín, y era chico de conjunto de un porno. Era todo tan tonto. Hace poco me telefoneó desde Galicia. Su madre es gallega, vive con ella ahora. Estaba en cama. Con el sida. Con la cadera rota. Dijo que apenas podía moverse y se había ido a vivir con su madre. Llamó para preguntarme por otro amigo suyo que ya no le llamaba, y me llamaba a mí para que yo llamara al amigo suyo para que el amigo suyo le llamara a él. Estaba solo todo el día en casa, su madre era pinche de cocina en un hotel de Vigo y estaba fuera todo el día y yo me acobardé, la verdad es ésa, no quise saber nada. Amigos míos no eran ninguno de los dos mucho. El otro, el que no contestaba, era más amigo de mi amigo que mío... Conque mi tío José venía en coche, de Zamora me parece, porque él era representante de comercio e iba a Santiago, creo, no lo sé. Tenía que cruzar media Galicia y era noviembre, finales, con las nieblas bajas y una sensación de frío que se te mete en los huesos y no te puedes calentar, como que se empapan de agua el jersey, el abrigo y las botas, y él venía conduciendo por curvas muy cerradas del valle del Saa. Conque venía conduciendo y al tomar una curva, en la cuneta, un poco fuera de la cuneta, había una chica vestida de blanco, como de verano, pensó mi tío, estaba haciendo autostop y él se paró a recogerla. Le abrió la puerta del asiento de al lado del conductor y la chica dijo: «Si no le importa me siento atrás si le es igual.» Y arregló mi tío el retrovisor para poder verla mientras hablaban. Y ella hablaba con vehemencia con acento gallego, muy dulce, y en el retrovisor se le veía la cara rectangular con los ojos negros muy despiertos como con ojeras y la frente muy blanca, desfruncida, de una persona muy joven que no tiene aún arrugas en la frente. Dijo mi tío que era

una carita guapa, como abombada un poco, de morena lavada él la llamó. Que es una clase de piel de las gallegas, un poquito oscura, un poquito morena y reluciente y blanca, como pétalos un poco. El caso es que entraron en una curva larga y muy cerrada y entonces la chica dijo: «Tenga cuidado con esa curva que en esa curva me maté yo.» Y mi tío miró por el retrovisor pensando que bromeaba, y no la vio. Pensó que se había recostado hacia atrás o acostado un poco en su asiento, y se volvió a mirar y no había nadie. Te pasa algo así y te vuelves loco. Es la «muerte pelá», que dicen los malagueños cuando algo no te puede dar ya más miedo.

Estos relatos de Durán podían ser muy frecuentes: dependía, curiosamente, del grado de intimidad que alcanzaban los dos juntos: al acercarse a la ternura, después de hacer el amor algunas noches, eran relatos que contaba Durán casi al oído de Salazar, los dos desnudos, intercaladas las piernas de Durán con las de Salazar, después de correrse los dos. Eran –le puso al corriente en alguna ocasión Salazar– *tales to be told in the dark*. Esto le hizo a Durán muchísima ilusión. Uno de sus proyectos –que tenía más la estructura de las ilusiones que de los proyectos realistas– era aprender inglés. De momento sólo sabía palabras y expresiones sueltas que atesoraba como minerales, coleccionados uno a uno con cartelitos inverosímiles que dicen: topacio, amatista, pirita, cristal de yeso. Así, *tales to be told in the dark*.

–Merecías tener una educación superior y sólo tienes un mal bachillerato –comentaba a veces Salazar.

–Enséñame tú –decía Durán.

Y Salazar replicaba:

–Es lástima que la única vocación que no tenga sea la de enseñante.

–Yo lo que soy es listo de calle –dijo Durán, y se rió

mucho Salazar al oírlo. Y dijo Ramón Durán—: Me alegro que tanto te rías, y también lo siento mucho que no se me haya a mí ocurrido. Se le ocurrió a Antonio Banderas, ya ves tú. Lo dijo de Silvester Stallone, que era listo de calle. Y yo también lo fui y lo soy, listo de calle, por eso ya no quise estudiar más, no quise, y ahora algo sí que lo lamento.

Y Salazar dijo —y a la vez que lo decía se daba cuenta de que no debía decir lo que decía, porque contenía en cuatro frases toda la negatividad de su propia vida que, ahora el muchacho, con su ingenuidad, hacía renacer, como si resucitase de sus cenizas el virulento Fénix de la negación que durante tantos años había asfixiado a Javier Salazar—:

—Mejor. Dedícate a ser guapo y atractivo y olvídate de mierdas de estudiar, que a los que estudian les crecen las narices y los culos.

Y Durán dijo:

—¿Por qué dices eso, si tú mismo no lo crees? Tú mismo has estudiado y leído toda la vida sin que se te haya engordado la nariz o el culo. Así que ¿por qué lo dices?, ¿por joderme o por qué?

Y Salazar, que se dio cuenta de que había sido atrapado en sus propias palabras, dijo:

—¡Bah!, no seas solemne, lo digo por decir. Lo digo para que me contradigas y te entrenes a pensar. La mejor manera de pensar es pensar a la contra. Así que te hago encima un bien siendo cínico.

—A lo mejor me haces un bien. No digo que no. Pero preferiría que vinieras por derecho y no por lo torcido, porque la mitad de lo que dices no lo entiendo.